

cada uno; y los demás príncipes, contingentes proporcionados, hasta formar un total de doscientos veinte mil soldados. Pero la mayoría de los príncipes eran pobres ó estaban abrumados de deudas; así es que el mantenimiento de los ejércitos terrestres hubo de pesar en gran parte sobre las potencias marítimas, que, además, debían atender á las operaciones navales.

Los aliados tenían buenas tropas, especialmente las que habían hecho las campañas en el Danubio, y en cuanto á generales, el margrave de Baden, que la había mandado, era, al decir de Villars, «un verdadero hombre de guerra;» el elector de Baviera sentía la pasión del mando y de los grandes combates, y el rey Guillermo III podía sostener una comparación con nuestros caudillos militares. Lo que no tenía la coalición era la unidad de dirección que únicamente habría podido darle el duque de Lorena, quien juntaba á su cualidad de gran capitán la de príncipe generoso y se hallaba muy ligado con el partido contrario á Francia por su cuna y por su propio y poderoso interés.» Pero el duque había muerto en abril de 1700, y á propósito de su fallecimiento escribía Louvois en 4 de mayo siguiente: «Es la pérdida más grande que pudieran haber sufrido los enemigos del rey, los cuales se darán cuenta de ello antes de dos meses, pues no es posible que á ningún otro le sea dado conciliar los ánimos de los aliados del emperador, que están siempre riñendo cuando todavía no ha transcurrido la mitad de la campaña.» En efecto, estallan las rivalidades entre los jefes y entre las tropas; la asamblea de los Altos Aliados, residente en La Haya, no logra que el plan convenido sea por todos ejecutado, y son muchos los coligados que á los intereses de la coalición anteponen los suyos propios. Así, el emperador ocupase principalmente de los turcos, que obligan al margrave de Baden á retroceder y recobran Belgrado en 8 de octubre de 1690; Guillermo III quiere llevar la guerra á las costas de Francia, especialmente á las del Poitou y de la Guiena, á fin de excitar á la rebelión á los recién convertidos, y el duque de Saboya apenas ha entrado en la alianza y ya piensa en el provecho que podrá sacar de una defección.

III.—Operaciones militares y negociaciones estériles

En febrero de 1691, Guillermo preside en La Haya el congreso de los Altos Aliados y en él predica la unidad y la concordia y reanima el celo de las potencias confederadas: del emperador, que, después de haber obtenido para el archiduque José el título de rey de los romanos, debería apoderarse de los territorios del imperio que aun tiene en su poder Francia; de España, que nada hace para defender los Países Bajos; de Suecia, que en vez de enviar tropas habla de mediación. Y además apremia los armamentos por tierra y por mar y excita á los coligados á entrar pronto en campaña.

El congreso deliberaba todavía cuando se supo que Luis XIV, adelantándose, como de costumbre, á sus enemigos, había puesto, en 15 de marzo, sitio á Mons, y que Luxemburgo con treinta mil hombres estaba encargado del asedio. Guillermo III acudió á socorrer la plaza, pero antes de que pudiera auxiliarla ya ésta había capitulado (8 de abril). Luxemburgo se negó á entrar en combate con el rey de Inglaterra y se mantuvo

á la defensiva; y Louvois ordenó lo mismo de siempre, es decir, que se devastara é incendiara el territorio. Boufflers incendió Lieja desde el 2 al 7 de junio; pero Luxemburgo, «entendiendo que un bombardeo es un mal para los que lo sufren y no reporta ventaja alguna á los que lo realizan,» manifestó que «no iría de buena gana á bombardear Bruselas.»

Por mar, Tourville tenía orden de proteger las costas y de detener la flota mercante anglo-holandesa que, procedente de Levante, navegaba hacia Inglaterra; más como con setenta y dos buques y algunas fragatas no podía atacar el convoy enemigo, que se componía de más de cien, estableció su crucero en el canal de la Mancha; engañó, con falsas rutas, á los cruceros ingleses, y cayó sobre otro convoy que venía de la Jamaica apresándole once naves y dispersando á las demás. La escuadra aliada acudió para combatirle, pero Tourville la atrajo á alta mar, y disputándole con habilidad la ventaja del viento, estuvo cincuenta días sin darle ocasión para una batalla, y en el entretanto los armadores franceses y los transportes para Irlanda atravesaban la Mancha impunemente. En cambio, el día 13 de octubre capituló la última plaza irlandesa que aún se resistía á los ingleses.

Por el lado de Alemania, las tropas francesas no cometieron ninguna empresa importante, pero vivieron, durante una parte de la campaña, sobre el país enemigo.

Louvois hubiera querido asestar contra España y Saboya algunos golpes sensibles que las obligaran á salirse de la coalición, y á este efecto Noailles operó en Cataluña, de Estrées bombardeó Barcelona, y el duque de Saboya perdió en marzo el condado de Niza, que había sido atacado por tierra y por mar, y vió invadido el Piamonte. Pero Catinat, demasiado débil para resistir al duque y al elector de Baviera reunidos, no pudo conquistar el Piamonte, y retirándose hacia los Alpes, regresó á Saboya, en donde el duque no poseía ya ninguna plaza.

En 1692, Luis XIV resolvió realizar un gran esfuerzo contra Guillermo, atacándole simultáneamente en su reino y en las Provincias Unidas.

Guillermo había acabado por hacerse impopular en Inglaterra porque era extranjero y otorgaba toda su confianza á los holandeses. Los ingleses echábanle en cara su frialdad, su manera de vivir, su ingratitud para con los whigs y sus demostraciones de amistad al partido tory, y él mismo se lamentaba de la desconfianza de que era objeto y de las pretensiones del Parlamento en punto á vigilancia del ejército y de la hacienda. Jacobo II creyó entonces llegado el momento de reconquistar el trono de Inglaterra, y llamado por sus partidarios, á quienes se juntaban algunos whigs descontentos y unos cuantos ambiciosos, y en la creencia de que la escuadra de la Mancha se declararía en favor suyo en vez de combatirle, pidió y obtuvo de Luis XIV el mando del ejército que había de efectuar un desembarco en las Islas Británicas y que se componía de veintidós batallones, doce de ellos irlandeses, reunidos en La Hogue, en la península del Cotentin. Al mismo tiempo, el rey de Francia pondría sitio á Namur, plaza que por estar situada en la confluencia del Sambre y del Mosa, cerraba el camino del territorio de Lieja y de las

Provincias Unidas. El día 10 de mayo, Luis XIV salió de Versalles para reunirse con el ejército, y el 12 la flota de Tourville abandonó el puerto de Brest.

Luis XIV, impaciente por comenzar la campaña, había ordenado que no se esperase la escuadra de Tolón, detenida por vientos contrarios, y que se trabase combate fuesen cuales fueren las fuerzas del enemigo. Creía que Tourville había sido poco osado el año anterior y esperaba, por otra parte, que los ingleses y los holandeses no tendrían tiempo de juntarse. Pero Tourville, al dirigirse á La Hogue, para embarcar las tropas en sus buques y en los barcos de transporte, encontró la flota anglo holandesa (1), y el día 29 de mayo, cuarenta y cuatro naves francesas sostuvieron, en aguas de Barfleur, una lucha heroica durante doce horas contra ochenta y nueve embarcaciones enemigas. Los aliados perdieron dos navíos y los franceses no tuvieron pérdida alguna. Aquel resultado, debido á la habilidad profesional y á la táctica de Tourville, era extraordinario; pero el almirante, comprendiendo que no había que pensar en repetir tamaña proeza, quiso aprovechar la noche para retirarse sin ser visto. La mitad de sus buques escapó á la persecución metiéndose por los pasos difíciles de las islas Anglo Normandas; pero habiendo faltado la marea á los demás, tres de ellos se refugiaron en la rada de Cherburgo, en donde el enemigo los incendió, y Tourville, con otros doce, hizo rumbo á la bahía de Saint Vaast-La Hogue, en donde fueron bloqueados por la escuadra anglo-holandesa. Aunque no había allí más que algunas baterías, era posible resistir, y quizás con buen éxito, á enemigos que no se atrevían á arriesgarse en una costa desconocida. El mariscal de Bellefonds, que mandaba las tropas, mandó echar á pique los barcos después de haber retirado de ellos el material; pero los ingleses, para hacer fracasar aquella operación, armaron sus chalupas, atacaron á los trabajadores, obligándoles á refugiarse en la playa, y prendieron fuego á todas las naves que se hallaban en la bahía (2 y 3 de junio).

Los aliados, sobre todo los ingleses, se entusiasmaron con aquella victoria alcanzada sobre la primera potencia marítima del mundo. Ya no habían de temer, por aquel año, la invasión de su isla, pero aún no podían vanagloriarse de haber destruído la marina francesa. A principios de 1693, el conde Víctor María de Estrées, hijo del vicealmirante, recorría el Mediterráneo con treinta buques de guerra, y Tourville mandaba una flota de setenta y dos naves; mas en aquella fecha, Francia desiste de armar grandes escuadras y de trabar batallas formales, pues los enormes gastos de la guerra continental obligan á Luis XIV á limitar la acción marítima á la protección de las costas francesas y á la destrucción del comercio de los enemigos. Refuézcase las defensas del litoral, y los pequeños barcos de la marina real escoltan á veces á los buques mercantes y aun son prestados á los armadores de Saint-Malo, de Dunkerque, de la Rochela, de Dieppe, etc., para que con ellos hagan el corso. Los corsarios, numerosos ya en los primeros años de la guerra, se multiplican, y de los puertos del reino salen divisiones mandadas por Juan Bart, Forbin,

(1). P. Toudouze, *Le bataille de La Hogue, 29 mai 1692*, París, 1899.

Duguay-Trouin, Saint-Pol, Nesmond y tantos más. Los corsarios flamencos, normandos, bretones y vascos «van á todas partes y en todas partes se atreven con los más grandes navíos, atraviesan escuadras enteras y parecen burlarse del viento y de los enemigos,» no dejando un momento de seguridad al comercio de las potencias marítimas. Los enemigos, para proteger á sus barcos mercantes, los reúnen en convoyes escoltados por sus buques de guerra; también intentan operar desembarcos en las costas é incendiar ó bloquear los puertos de Francia, pero, excepción hecha de los fiesingueses, son poco afortunados en la guerra del corso. De todos modos, su acción es ineficaz; aún no son dueños de los mares.

En los Países Bajos, los coligados fueron una vez más sorprendidos por el ataque de los franceses, que en número de cincuenta mil hombres al mando del rey, á quien acompañaba Vauban, pusieron sitio á Namur en 24 de mayo, mientras Luxemburgo, con ochenta mil, vigilaba al enemigo. Guillermo III y Maximiliano Manuel, que al fin había logrado el gobierno general de los Países Bajos españoles, reunieron á toda prisa las tropas españolas, holandesas, inglesas, danesas y alemanas que por los Países Bajos andaban dispersas, juntando de este modo setenta y tres mil hombres; pero cuando estuvieron en situación de emprender la marcha, ya Namur se había rendido (5 de junio). La guarnición de la plaza habíase refugiado en el fuerte Guillermo y en el viejo castillo, y aunque el rey de Inglaterra intentó tres veces socorrer á los sitiados, siempre se lo impidió Luxemburgo, rindiéndose al fin el fuerte en 22 de junio y el castillo pocos días después. «De suerte que aquella conquista, como escribía el marqués de la Fare, fué doblemente satisfactoria para el rey, primero por su importancia y segundo porque había sido alcanzada á las barbas del rey Guillermo.» Luis XIV, que había tomado con gran empeño aquel sitio, durante el cual tuvo un fuerte ataque de gota, regresó á Versalles después de la capitulación.

La pérdida de Namur irritó á los aliados, que culparon de ella al rey de Inglaterra, y éste, para imponer silencio á los malévolos ó porque sabía que su ejército era superior en número al de Luxemburgo, quiso tomar el desquite atacando de improviso á las fuerzas francesas acampadas entre Steenkerke y Enghien, de las cuales le separaba una región llena de bosques, de barrancos y de setos. El día 3 de agosto envió su infantería, dividida en dos columnas paralelas, contra Steenkerke, y aunque las avanzadas francesas comunicaron ese movimiento de tropas, Luxemburgo no se preocupó de él, pues uno de sus espías le había notificado que los enemigos efectuarían «una gran tala» protegida por la infantería. Pero cuando á eso de las nueve vió «que de todos los lados de los desfiladeros cercanos á la cabeza de su campamento» salían batallones, ordenó á sus tropas que tomasen las armas y formó en orden de batalla. En el entretanto, las fuerzas que cubrían el ala derecha fueron arrolladas por la infantería del duque de Wurtemberg y hubieron de abandonar su artillería, y como se replegaran á su vez los batallones de la segunda y de la tercera línea, Luxemburgo puso en movimiento á los guardias franceses y suizos que, al mando del príncipe de Condé, del príncipe de Conti, del duque de Vendo-

me y del duque de Villeroy, avanzaron espada en mano, sin disparar un tiro de fusil, penetraron en las filas de los enemigos y les quitaron los cañones perdidos. En el centro, Guillermo III, que había perdido demasiado tiempo en ponerse en orden de batalla, atacó demasiado tarde, viéndose obligado á abandonar algunos cañones y á retirarse «á los desfiladeros de donde había salido para entablar la lucha.» «No se había visto hasta entonces una acción tan importante de infantería.» Las pérdidas eran casi iguales en ambos lados, pero Guillermo había tenido que huir del campo de batalla, dejando en poder de los franceses mil trescientos prisioneros y diez piezas de artillería.

En el Rin, el mariscal de Lorge, con treinta mil hombres, defendió la frontera, establecióse en la orilla derecha y se apoderó de Pforzheim. En los Alpes, en donde Catinat sólo disponía de un ejército de treinta y ocho mil hombres, el duque de Saboya tomó la ofensiva, entró en el Delfinado, tomó Embrún y Gap y llamó á las armas, aunque sin resultado, á los religionarios de la provincia que recientemente habían tenido que convertirse por fuerza. Organizóse entonces la resistencia contra el duque; los aldeanos, mandados por sus señores, tomaron las armas (1); Catinat recibió refuerzos, y Víctor Amadeo, enfermo, hubo de separarse del ejército, que no tardó en reparar los Alpes.

De suerte que Francia, aun sin alcanzar ventajas decisivas, hacía frente á la coalición. Luis XIV preparó para 1693 una campaña, que esperaba había de ser definitiva, haciéndose para ella levadas considerables en todo el país y creándose, á imitación de Austria, un cuerpo de caballería ligera, los *húsares*, compuesto en gran parte de mercenarios alemanes. Instituyóse la orden de San Luis para recompensar el valor militar y se hizo una promoción de mariscales que comprendió á Tourville, Catinat, Boufflers y Noailles. En la primavera, los ejércitos estaban dispuestos en todas las fronteras y á lo largo de las costas de poniente, en donde se temía que los ingleses intentasen algunos desembarcos.

En los Países Bajos, Luxemburgo habría querido apoderarse por sorpresa de Bruselas antes de que los coligados hubiesen tenido tiempo de reunirse, pero el rey prefería operar en el Mosa á fin de amenazar á los holandeses y hacerles perder la afición á la guerra. Algunos retrasos en la marcha de los franceses permitieron á Guillermo III reforzar la guarnición de Lieja y tomar posiciones en las cercanías de Lovaina; era, pues, preciso trabar batalla antes de atacar Lieja; pero Luis XIV, á pesar de las reflexiones de Luxemburgo, negóse á aceptar el combate, y después de resolver dar el gran golpe por el lado de Alemania, en donde la campaña se presentaba bajo mejores auspicios, partió para Versalles. «Esta retirada, dice el marqués de la Fare, no honró mucho al rey, quien, después de ella, no se ha visto al frente de sus ejércitos; en donde, sin embargo, había sido siempre dichoso.» Efectivamente, había sido muy dichoso en los sitios, pero nunca había querido probar fortuna en una batalla campal (2). Un cuerpo de veintitrés mil hombres, á las órdenes del Delfín y de

(1) Una joven heroína, la señorita de la Tur du Pin, dirigió aquella guerra de guerrillas. El rey le concedió una pensión como si fuera un jefe militar.

(2) Véanse págs. 306, 310 y 311.

Boufflers, fué á reforzar las tropas del mariscal de Lorge, mientras Luxemburgo, con los setenta mil que le quedaban, había de contener á los aliados en el Brabante é impedir que se encaminasen al litoral, para una vez allí combinar su acción con la de la escuadra y presentarles combate así que tuviese alguna probabilidad de vencerlos.

Durante muchas semanas, Guillermo y Luxemburgo maniobraron el uno enfrente del otro, hasta que el segundo atacó, en 29 de julio de 1693, á su adversario entre Lieja y Lovaina.

El ejército de los confederados se apoyaba en la corriente del Pequeño Gheete, ocupando el ala derecha desde Laer á Neerwinden, llegando el centro hasta Neerlanden y extendiéndose el ala izquierda más allá, hacia el Norte.

Cuando Maximiliano Manuel, que mandaba el ala derecha, supo el avance de los franceses, propuso, ó que se les atacara en cuanto apareciesen, sin dejarles descansar, ó retirarse detrás del río; pero Guillermo, que había fortificado sus líneas, protegidas ya por fosos y setos, y que había hecho instalar en el río puentes para asegurarse la retirada, prefirió esperarles á pie firme, á pesar de que sólo disponía de cincuenta mil hombres contra sesenta y seis mil que tenía el enemigo. El 29 de julio, por la mañana, Luxemburgo atacó el ala derecha de los coligados, especialmente la aldea de Neewinden, sobre la cual concentró setenta piezas de artillería; mas después de haber tomado esta población y la de Laer, los franceses fueron vigorosamente rechazados por el elector de Baviera, y en el centro hubieron también de retroceder después de ocupar momentáneamente Neerlanden. No dió mejor resultado un segundo asalto, pero al fin la caballería, después de numerosas cargas, logró separar el ala derecha del centro, cuyas fortificaciones fueron, al propio tiempo, tomadas por la infantería, y los franceses ganaron la batalla conservando en su poder Neerwinden. La jornada fué muy sangrienta, «y con motivo de ella se decía que era menester cantar más *De profundis* que *Tedéums*.» Luxemburgo había hecho quince mil prisioneros, apresado setenta y seis cañones y cogido tantas banderas que se le denominó el «Tapicero de Nuestra Señora;» pero también había perdido mucha gente y no pudo perseguir al enemigo, reanudando los dos adversarios sus maniobras hasta que Luxemburgo, más hábil, se apoderó, en 11 de octubre, de Charleroi «á las barbas del rey Guillermo.»

Luis XIV, al reforzar el ejército del Rin, había creído que éste ocuparía los círculos de Suabia y de Franconia y que los príncipes alemanes se verían constreñidos á firmar la paz; pero el mariscal de Lorge tuvo que habérselas con el margrave Luis de Baden que supo tenerlo á raya. El ejército francés, indisciplinado y merodeador, saqueó é incendió nuevamente Heidelberg. En los Alpes, Víctor Amadeo tomó la ofensiva, bloqueó Casal y amenazó Pignerol; Catinat, procedente de Saboya, marchó sobre Turín, atacó al duque en la Marsaille (4 de octubre), le mató seis mil hombres y le hizo dos mil prisioneros; pero de aquí no pasó.

La marina francesa fué afortunada en todos los mares. La escuadra del Mediterráneo, mandada por de Estrées, secundó al ejército de Cataluña, y cuando éste se hubo apoderado de Rosas, fué á reunirse con la flota

de Poniente, cerca del estrecho de Gibraltar. Tourville, que había salido de Brest con setenta y dos buques, antes de que los aliados hubiesen podido bloquear aquel puerto, tenía orden de capturar un gran convoy anglo-holandés destinado á Esmirna. Unos doscientos barcos mercantes, ricamente cargados, habían salido de Inglaterra escoltados por veintidós buques de guerra, y al llegar á la altura de Lagos, el día 27 de junio, los almirantes Rooke y Vandergoes, que los convoyaban, distinguieron la flota francesa que iba en su persecución. En vano intentaron escapar; Gabaret, destacado por Tourville con los mejores veleros, logró capturar dos naves holandesas y cercar, durante la noche, á los buques de la retaguardia, los cuales al siguiente día fueron apresados, incendiados ó echados á pique. Después, con diez y seis buques persiguió á Rooke y Vandergoes, en vez de capturar las otras naves mercantes que consiguieron dispersarse; pero Tourville completó la victoria con la destrucción de varias embarcaciones que se habían refugiado en las costas de España. La pérdida de los aliados se estimaba, según confesión propia, en ochenta y tres barcos que valían, en total, de treinta á cuarenta millones de libras.

Los ingleses, exasperados por aquella derrota y por las muchas presas realizadas por los corsarios de Saint-Malo, resolvieron tomar venganza en esta población, y en 26 de noviembre estaban á un tiro de cañón de la misma doce navíos, doce fragatas, cuatro galeotas bombardas y un brulote. Comenzó en seguida el bombardeo, pero sin éxito, y en la noche del 28 de noviembre, el brulote, mal dirigido, fué á estrellarse contra una roca, y su carga de bombas y metralla, al estallar, sólo causó en la ciudad daños insignificantes.

Aunque Luis XIV no había obtenido ninguna de esas victorias que obligan al enemigo á firmar la paz, la campaña de 1693 había terminado en todas partes de un modo para él ventajoso. Pero Francia estaba extenuada; la miseria se extendía por las provincias, la carestía ocasionada por las malas cosechas hacía estragos; y faltaba sobre todo el dinero. El tener que redoblar los esfuerzos, significaba la total ruina, y el rey, que lo sabía, deseaba la paz ardientemente. No era mejor la situación de los coligados: España no tenía otra significación que el recuerdo de su pasado poderío; el emperador temía que los turcos hicieran la paz con los polacos para dirigir todas sus fuerzas contra los imperiales, que en septiembre de 1693 hubieron de levantar el sitio de Belgrado, y varios príncipes del imperio guardaban una actitud equívoca. Leopoldo había comprado la fidelidad de la casa de Hannover creando en su favor el noveno electorado (1692), pero habiéndose con ello enajenado la adhesión de otros príncipes, había tenido que suspender el efecto de la investidura. El príncipe-obispo de Múnster y los electores de Sajonia y Brandeburgo reclamaban continuamente subsidios. De modo que todas las cargas de la guerra pesaban sobre las potencias marítimas, que se cansaban ya de ser los banqueros de la coalición. Los comerciantes de Amsterdam y de Londres querían que todos los recursos se empleasen en las hostilidades por mar; la provincia de Frisia, sobornada por agentes franceses, negábase á contribuir á los gastos de la guerra, y Guillermo III, viendo que Inglaterra y Holanda no podían hacer ya más sacri-

ficios, se resignaba á concertar la paz. En noviembre de 1692 escribía á Heinsius: «Muy de desear sería que pudiésemos alcanzar una paz siquiera aceptable;» y á fines del mismo año: «Dudo de que podamos obtener una paz más ventajosa que la de Nimega.» En noviembre de 1693 sentía «la necesidad de llegar á una con-



El príncipe Eugenio de Saboya

Facsimile de un grabado de Jorge Federico Schmidt (1712-1715)

clusión, por desventajas que fuesen las condiciones de la misma.»

Luis XIV, como había hecho ya en la guerra de Holanda, entró en negociaciones apenas se le presentó ocasión para ello. El rey Carlos XI de Suecia, aunque ligado por tratados con el imperio y con las Provincias Unidas, había permanecido neutral y procuraba ser designado como mediador, secundado por el rey Cristián V de Dinamarca, que estaba unido á Francia. En julio de 1693, Luis XIV envió al conde de Avaux, su representante en Estocolmo, una memoria en la que estaban enumeradas sus condiciones: se confirmarían los tratados de Westfalia y de Nimega y se convertiría en tratado la tregua de Ratisbona, ofreciendo, sin embargo, en compensación de Estrasburgo, entregar las fortalezas de Montroyat y Trarbach, por él construidas

en 1667 y 1668 en el Mosela, cerca de Tréveris; derribar las obras de Fort-Luis y de Huninga en la orilla derecha del Rin; y restituir Philippsburgo y Friburgo. Además, renunciaría, en nombre de la duquesa de Orleans, á sus reivindicaciones territoriales y daría al duque de Lorena un equivalente de su ducado, «por más que el último duque hubiera rechazado lo que en favor suyo se estipulara en el tratado de Niméga.» «Consiento también, añadía Luis XIV, en que, si alguna de las reuniones anteriormente hechas no está ajustada á los tratados, se nombren comisarios de una y otra parte para examinar de nuevo las razones de los que se quejen de ellas.»

Estas proposiciones no parecieron sinceras; además sólo interesaban al emperador, y los aliados podían considerárselas como «un medio para desunirlos y vencerlos luego separadamente.» Por otra parte, á Leopoldo le extrañó que para nada se tratase de la cuestión de la sucesión de España ni de la ratificación de la renuncia consentida por María Teresa al tiempo de su matrimonio. El emperador, además, reclamaba la plaza de Casal so pretexto de que el duque de Mantua había perdido, por felonía, los derechos que tenía sobre aquel feudo imperial (1).

Luis XIV adicionó sus proposiciones pacíficas con las siguientes: restituiría á España las conquistas realizadas en Cataluña y las ciudades de Mons, Namur y Charleroi, plazas estas tres últimas que reforzarían la «barrera» que las Provincias Unidas querían mantener entre ellas y Francia; y en caso de que Carlos II muriese sin hijos, no se opondría á que los Países Bajos españoles fuesen cedidos al elector de Baviera, á favor del cual renunciaría él á hacer valer sus derechos sobre aquellas provincias siempre y cuando el emperador hiciese otro tanto. Además de estas condiciones destinadas á satisfacer á los holandeses, Luis XIV les prometía restablecer el comercio sobre la base del tratado de Niméga.

Al mismo tiempo, entablábase negociaciones secretas en Bruselas, adonde Francia había enviado al padre Morel para discutir con uno de los familiares de Guillermo III, el diputado Everardo de Neede, señor de Dyckweldt. Portavoz del pensionario de Holanda y del rey de Inglaterra, Dyckweldt pidió á Luis XIV que restituyese, además de las ciudades de los Países Bajos perdidas por España durante aquella guerra, las de Tournai, Condé, Yprés, Maubeuge y Menin, cedidas á Francia por tratados anteriores, que servirían, decía, de compensación por el Luxemburgo y consolidarían la defensa de los Países Bajos. Luis XIV negóse á ello, diciendo que el mejor modo de asegurar la protección de las Provincias Unidas era constituir los Países Bajos en Estado independiente bajo el gobierno de un príncipe bávaro. Guillermo procuraba por bajo mano atraerse á Suecia á fin de obtener de Francia condiciones más ventajosas, y Luis XIV dejaba á Carlos IX el cuidado de hacer, como de propia iniciativa, todas las proposiciones que pudiesen conducir á la paz. Era, sin embargo, imposible llegar tan pronto al resultado apetecido, y en el verano de 1694 se reanudaron las hostilidades.

La guerra transcurrió lánguidamente, pues los adver-

(1) Véase pág. 333.

sarios estaban extenuados y además temían comprometerse con una acción seria. En los Países Bajos, Guillermo quiso invadir la Flandes francesa y combinar sus operaciones con las de la escuadra inglesa que cruzaba delante de Dunkerque y de Calais; pero Luxemburgo, con hábiles maniobras, le cerró el paso.

En el mar, los corsarios franceses proseguían sus hazañas: Juan Bart, en el mes de junio, libertó á varios buques mercantes de Francia que, procedentes del Báltico con cargamento de trigo, habían sido capturados por los holandeses, y apresó á éstos tres buques de guerra. Aquella acción pareció tan grande, que se creó una medalla para conmemorarla y se concedió á Juan Bart un título de nobleza.

Las costas estuvieron bien defendidas. En el mes de junio ancló, cerca de Bertheaume y de Camaret, una escuadra anglo-holandesa compuesta de treinta y seis buques de guerra, doce goletas bombardas y ochenta embarcaciones pequeñas de transporte (2), y la intención del general Tollemache, que mandaba las tropas, era apoderarse de Brest, que la escuadra de Tourville había abandonado en el mes de abril. Pero Tollemache ignoraba que Luis XIV, sabedor de su propósito, había enviado á Vaubán para dirigir la defensa de aquella plaza; y así en 18 de junio, sus soldados, que habían logrado desembarcar, fueron recibidos con un fuego espantoso de artillería y de mosquetería que introdujo el desorden en sus filas, mientras algunos centenares de hombres de las compañías francesas y los milicianos guardacostas, armados en parte de bastones y de hoces, les acometían impetuosamente. La escuadra se retiró, dejando en la playa ochocientos muertos y quinientos prisioneros y habiendo perdido, además, tres buques. La flota anglo-holandesa visitó luego, en julio, los puertos de Dieppe y del Havre, y en septiembre los de Dunkerque y Calais; pero únicamente la ciudad de Dieppe, que sólo tenía algunos malos cañones para contestar al enemigo, sufrió los efectos del bombardeo, á consecuencia del cual muchas de sus casas, que en su mayor parte eran de madera, quedaron reducidas á cenizas.

En el Mediterráneo, Tourville y Château-Renault bloquearon la costa de Cataluña y secundaron al duque de Noailles que alcanzó grandes éxitos en aquella región; pero en el momento en que el duque amenazaba á Barcelona, una escuadra enemiga obligó á Tourville á retirarse á Tolón, salvándose gracias á esto la ciudad amenazada.

Desde el comienzo de las hostilidades luchábase también en las colonias. En la América del Norte, las contiendas entre canadienses y anglo-americanos por cuestión de fronteras ocasionaban frecuentes conflictos. Frontenac, gobernador del Canadá, realizó en junio de 1639 una demostración contra Nueva York, que no dió resultado alguno y á la que los colonos ingleses contestaron al año siguiente con una expedición contra Quebec, que resistió sus ataques. En cambio, se apoderaron de Acadia en 1691, conservándola un año en su poder. En 1694, de Iberville tomó Port Nelson, que era la factoría principal de la bahía de Hudson. En las Antillas, la isla de San Cristóbal, que poseían á medias franceses

(2) G. Toudouze, *La bataille de Camaret (18 juin 1694)*, con plano. «Revue d'histoire moderne et contemporaine,» 1899-1900.

é ingleses, fué totalmente ocupada por estos últimos en 1690; y en la India, los holandeses se apoderaron, en 1693, de nuestra naciente colonia de Pondichery.

El año 1694 había transcurrido sin que las armas francesas obtuviesen una señalada victoria, y en Inglaterra se decía: «Continuando la lucha con vigor durante un par de años, lograremos, sin duda alguna, obligar á Francia á aceptar condiciones que nos permitirán estar tranquilos en el porvenir y que impedirán que nos veamos envueltos tan fácilmente en una guerra.» Las negociaciones para la paz, seguidas sin grandes deseos de que el éxito las coronara, fueron estériles; la más importante de ellas tuvo lugar en el verano de 1694 en Maestricht entre Dyckweldt, en representación de las potencias marítimas, y los representantes de Francia, el consejero de Estado Harlay de Bonneuil y el diplomático Francisco de Callieres, comunicándose en noviembre el estado de las mismas á los ministros de los aliados reunidos en La Haya. Luis XIV aceptaba tomar los tratados de Westfalia y de Niméga como base de la paz, reconocer á Guillermo III y restituir las conquistas de la presente guerra y de las reuniones, excepción hecha de Luxemburgo y de Estrasburgo, en compensación de las cuales daría otras plazas equivalentes; pero no admitió que esas plazas equivalentes fueran, como pedían los aliados, las ciudades de Tournai, Condé, Yprés, Maubeuge y Menin. En su consecuencia, rompiéronse las negociaciones; y en diciembre de 1694 escribía Guillermo á Heinsius: «Esto me aflige profundamente, porque he de confesaros que la paz sería deseable bajo muchos conceptos; pero si el enemigo no la quiere, no queda más recurso que continuar la guerra con el mayor vigor, pues de este modo podrá llegarse á una paz duradera.»

CAPITULO III

LAS ÚLTIMAS HOSTILIDADES. PACES DE TURÍN Y DE RYSWYK (1)

I. Agotamiento de los beligerantes. — II. El tratado de Turín. — III. El congreso y los tratados de Ryswyck. — IV. Resultados de la guerra de 1688.

I.—Agotamiento de los beligerantes

A pesar de la pretensión manifestada por Guillermo de «continuar la guerra con el mayor vigor,» las hostilidades fueron cada vez más débiles y la solemne renovación de la Gran Alianza, en agosto y septiembre de 1695, no impidió que los aliados atendieran cada uno

(1) FUENTES: Además de las generales indicadas anteriormente, Vasi, *Les grands traités du règne de Louis XIV*, en la «Collection de textes pour servir à l'étude et à l'enseignement de l'histoire,» 2.º fascículo, 1898. *Actes et mémoires des négociations de la paix de Ryswick*, 2.ª edición, La Haya, 1707, 4 vol. Grimblot, *Letters of William III and Louis XIV and of their ministers (1697-1700)* (en inglés), Londres, 1848, el primero de los dos volúmenes. Wijnne, *Négociations du comte d'Avaux en Suède*, en 1693, 1697 et 1698, 3 vol.; 1884.

OBRA: J. C. Neuhaus, *Der Friede von Ryswick und die Abtretung Strassburgs an Frankreich*, Friburgo de Brisgau; 1873. Leguelle, *Notes et documents sur la paix de Ryswick*, Lila, 1894. G. Koch, *Die Friedensbestrebungen Wilhelms von England in den Jahren 1694-1697. Ein Beitrag zur Geschichte des Ryswyker Friedens*, Tübingen, 1903.

de ellos á sus especiales miras. Todos estaban extenuados; en Inglaterra, una crisis comercial y económica, agravada por una refundición de las monedas, pareció ser el preludio de una barcarota, de tal manera que en julio de 1696 el rey Guillermo pensaba en contratar un empréstito sobre su crédito personal; y en Francia los negocios extraordinarios ya no producían nada. Entonces fué cuando se ensayó la capitación (2) y luego se renunció á tener escuadra, desembarcando las tropas de marina para cooperar á la defensa de las costas. La decadencia de nuestras fuerzas marítimas se precipitaba.

Las operaciones militares fueron menos importantes que nunca. En 1695 y 1696 los ingleses atacaron nuestros puertos de Saint-Malo, Granville, Dunkerque, Calais, Saint Martin de Re y los Sables-d'Olonne; pero, como en los años anteriores, sus bombardeos no causaron sino daños insignificantes. En cambio, nuestros marinos ocasionaron grandes pérdidas al comercio inglés y al holandés; Juan Bart, en un crucero de tres semanas, capturó ó destruyó cuatro navíos, cinco fragatas y cincuenta buques mercantes.

En los Países Bajos, Villeroi, un favorito de Luis XIV, había reemplazado á Luxemburgo, recientemente fallecido. Los comienzos de aquel mariscal en el mando supremo fueron desgraciados, pues dejó que Guillermo se apoderase de Namur. Él, por su parte, bombardeó Bruselas en agosto de 1695: «Bombardeamos la ciudad, dice Berwick, durante dos veces veinticuatro horas, y jamás se vió espectáculo más espantoso ni más parecido á lo que nos cuentan del incendio de Troya. Se calcula que los perjuicios causados por ese incendio ascendían á veinte millones.» La reconquista de Namur, cuya toma por Luis XIV había sido tan celebrada, fué un gran triunfo para el rey de Inglaterra; pero se contentó con él, y en 1696 su preocupación principal fué impedir que sus tropas se muriesen de hambre.

Las negociaciones seguían, en el entretanto, su curso. En un memorándum holandés, ya no se hablaba solamente de las restituciones exigidas á Francia (Lorena, Pignerol, Estrasburgo y todas las reuniones), de las ventajas comerciales para los holandeses y de las seguridades para los protestantes extranjeros establecidos en Francia, sino, además, del reconocimiento inmediato y previo á todo acuerdo, de Guillermo III como rey de Inglaterra. Luis XIV mostróse pródigo en las concesiones, prometiendo la restitución de Luxemburgo ó de un equivalente, y proponiendo varios medios para resolver la cuestión de Estrasburgo, el principal de los cuales consistía en restituir la plaza á los estrasburgueses ó al cuerpo germánico. En el primer caso, las fortificaciones serían arrasadas; en el segundo, quedarían reducidas á lo que eran en el momento de la entrada de los franceses y no podrían ser aumentadas en lo sucesivo. Asimismo consentía en tolerar el ejercicio del culto protestante en Francia, en las casas de los cónsules holandeses. En cambio, se negó en absoluto á reconocer á Guillermo III antes de que se firmase la paz.

Tal era el estado de las negociaciones en el momento en que las potencias marítimas tuvieron noticia de la defección de Víctor Amadeo.

(2) Véase más adelante.